

# DEJAME QUE TE CUENTE

César Tabares



# DEJAME QUE TE CUENTE

César Tabares

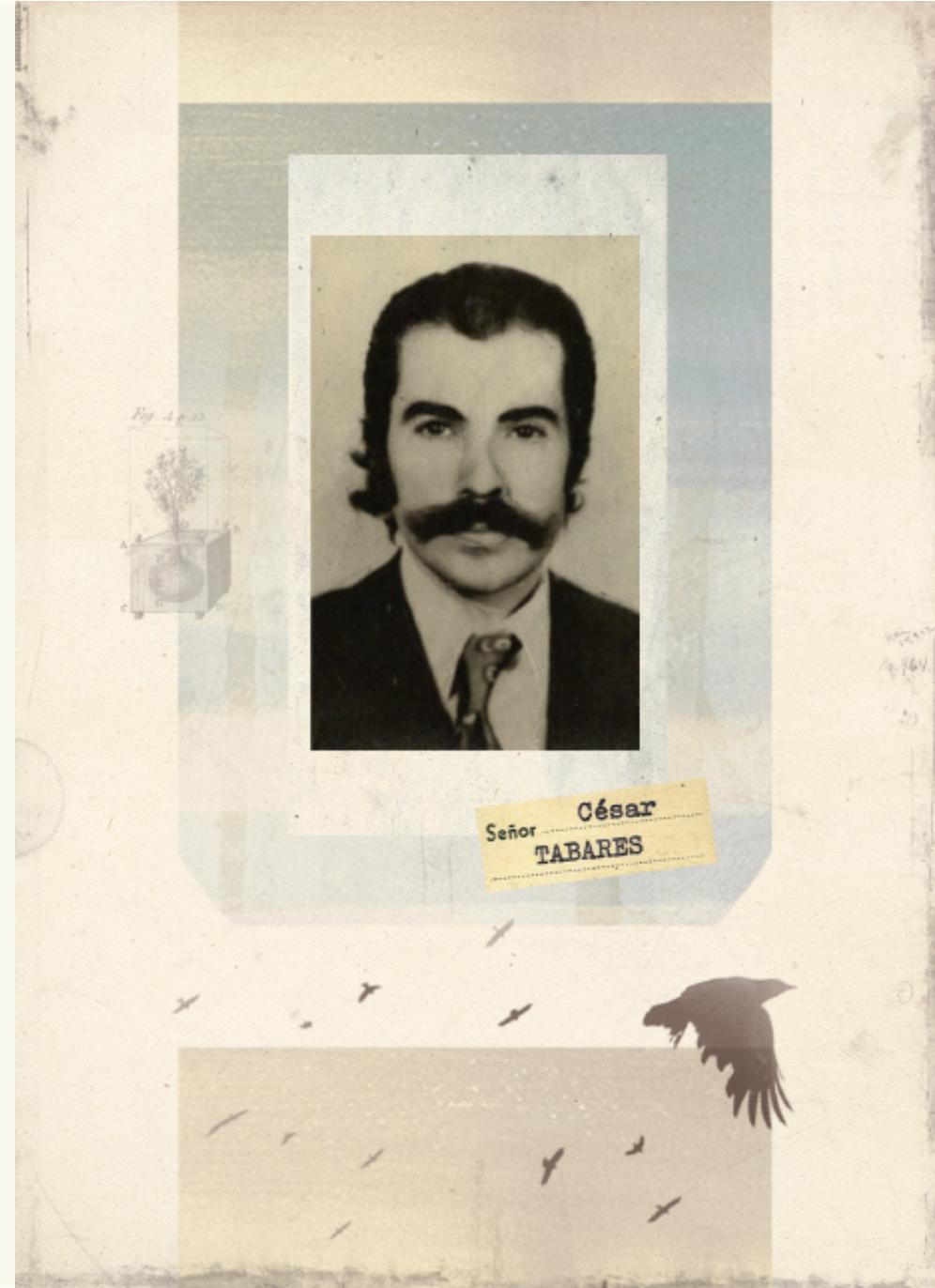


*Actuar la revolución.*

Llevaba poco menos de cinco minutos con la mirada hundida en sus ojos. Una vez más, se encontraba a sí misma haciendo esfuerzos por concentrarse y poder sortear esa distancia que los separaba. Quería entrar en sus ojos y adivinar qué había detrás, qué estaría pensando él en ese preciso momento. Desde la ventana, la exigua luz del atardecer se chorreaba sobre los recuerdos que había desparramado sobre la mesa sin orden alguno, así como se disponen las piezas de un rompecabezas que todavía no se ha comenzado a armar.

Julieta había visto esa foto cientos de veces. Impresa en diarios, ampliada en pancartas, sostenida por sus manos o las de sus hermanos. Aun así, volvía siempre a ella y se detenía en el mismo juego que, después de un rato, se le antojaba demasiado inútil:

—¿En qué pensabas, papá, cuando te sacaron esta foto? —se preguntaba, sin saber por qué, cada vez que sus ojos se cruzaban con esa imagen y entonces el juego se reiniciaba sólo, automáticamente, sin que pudiera prevenirlo.



Porque ese era tu padre, Julieta. El hombre de la foto era César Tabares, tu padre, y lo sabías porque así te lo habían dicho. No lo recordabas, no podías, no tenías cómo: tus hermanos habían cumplido 3 y 5 años, vos apenas 14 meses, cuando la dictadura se los arrebató aquel 6 de enero de 1977 y transformó el día de Reyes en el feriado más amargo de todos.

Dejó el retrato entre las demás fotografías. Se paró, apoyó sus manos sobre la mesa e, inclinándose levemente hacia adelante, comenzó a pasear su vista sobre los demás fragmentos del rompecabezas. «¿Cuál era el recuerdo más antiguo que guardaba de él?», se preguntó.

César Tabares, su papá, había nacido en Rosario el 25 de julio de 1943 en el seno de una familia peronista aunque su padre no militaba ni en el partido, ni en la fábrica, ni en la iglesia: su lucha estaba en el parque Independencia, teñida de rojo y negro y avivada por los gritos que sonaban en la cancha los fines de semana.

Por eso lo primero que levantó Julieta de entre el montón de cosas desparramadas fue el carnet de socio de Newell's. Porque, como buen integrante de la comisión directiva, su abuelo había convertido a su papá en socio del club apenas días después de haberlo inscripto en el registro civil.

Años después, César ingresaría a la escuela Almafuerte del barrio Pichincha y, más tarde, al Nacional 1 donde cursaría la secundaria.

Julieta sabía que allí había comenzado todo: en ese colegio su papá había conocido la militancia, había hecho amigos y compañeros que conservaría toda su vida y se había encontrado, también, con Pedro Bluma. Pedro era un estudiante de Psicología que militaba en el peronismo y había ingresado a trabajar en el gabinete psicopedagógico del Nacional 1. Era, digamos, un preceptor. Pedro tendió el puente entre aquel reducido pero inquieto grupo de chicos de 5° año y la militancia.



¿De qué te van a acusar?  
¿de zurdo, de subversivo?  
si adlo fuiste un amigo  
que se <sup>brindó</sup> ~~bebió~~ con amor  
para aliviar el dolor  
de todo hombre ofendido.



—Desde esa época a tu papá ya le gustaba discutir y pelearla porque no era nada fácil ser un estudiante peronista en esos años —le había contado una vez Alicia, su madre, mientras hablaban de esa fotografía tomada en el aula del Nacional, en la que un grupo de adolescentes posaban en sus pupitres vestidos de hombres.

Sí, claro. Vos ya te imaginabas, Julieta, lo difícil que había sido aquella época después de la proscripción del peronismo. Berta Temporelli, quien fuera esposa de Pedro Bluma y compañera de militancia de tus padres, también te lo había dicho:

—Era como hablar de un movimiento de un país lejano, había un gran rechazo. Nosotros habíamos sido criados en la resistencia peronista, era lo más natural que se hablara en secreto de Perón y en el barrio sabíamos que había gente perseguida, que se escondían libros y fotos de Perón y Evita.

Pero en la comunidad del Nacional 1, no era «lo más natural» decirse peronista. Al menos, no en

esos años. Y tampoco lo sería en la Universidad. Apenas terminó la secundaria, César empezó a estudiar Medicina. Cursó materias, rindió algunos exámenes pero enseguida se dio cuenta de que la carrera no le gustaba. Entonces, se inscribió en la Facultad de Derecho donde empezó a estudiar en 1963. Al mismo tiempo, continuaba con una militancia que se hacía cada vez más intensa: junto a Pedro Bluma y otros pocos estudiantes peronistas, sentaron las bases de la Juventud Universitaria Peronista en las facultades de Abogacía y Psicología. Muchos se acuerdan de aquellos días, cuando todavía eran minoría y los militantes de las demás agrupaciones universitarias los corrían a golpes por repartir volantes.

Fue en esos años, inmediatamente después de que César comenzara a estudiar abogacía, que se formó en el país aquella experiencia política tan importante en las vidas de los padres de Julieta: el Movimiento Revolucionario Peronista. En Rosario, Pedro Bluma estuvo entre los organizadores y César fue uno de los primeros en integrarlo.

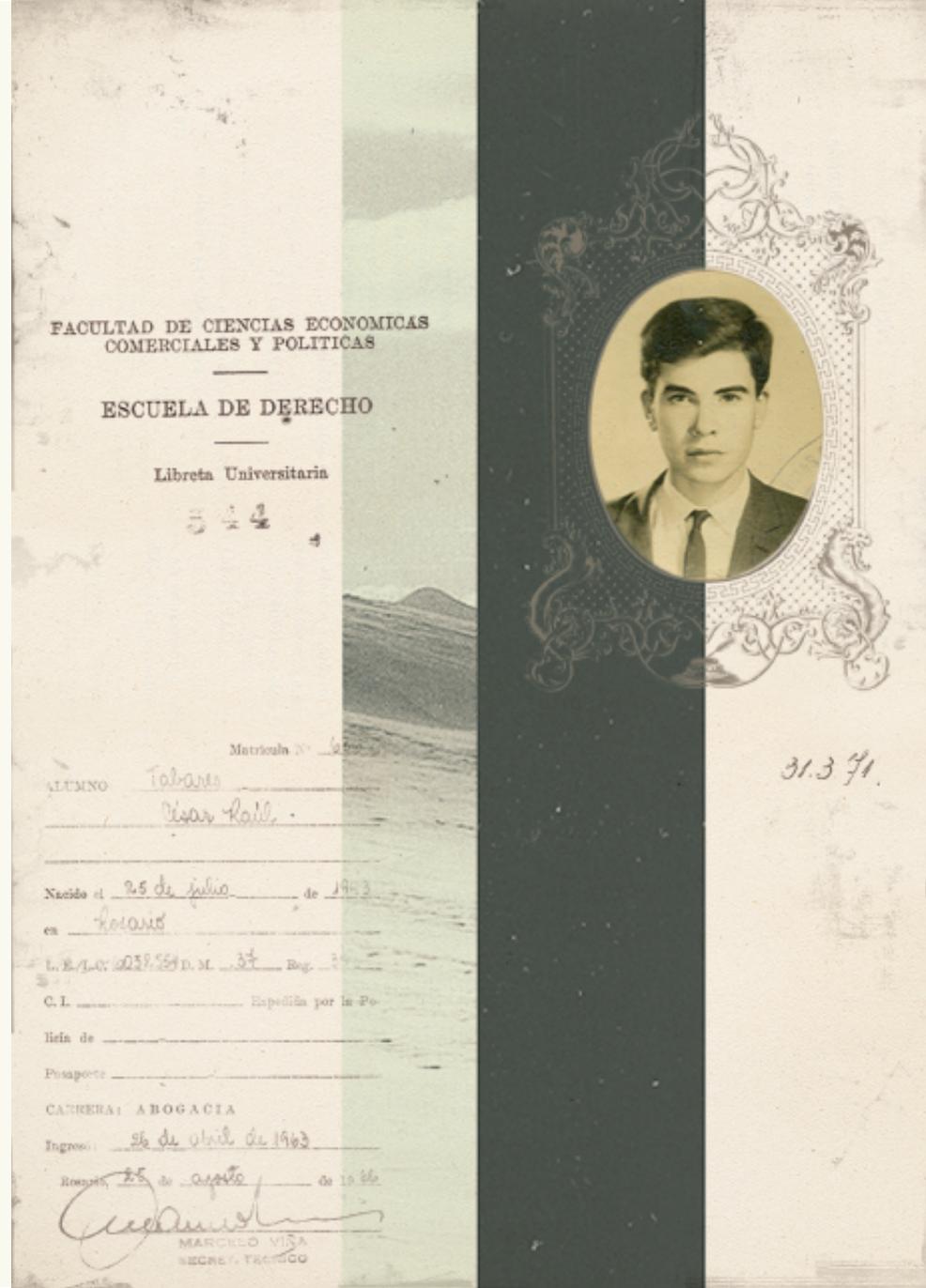
—Fue un movimiento que pensaba al peronismo en el marco de los grandes movimientos revolucionarios de otros países –contó una vez Berta Temporelli, que también integraba los cuadros del MRP.

Esa participación política fue decisiva en la vida de tu padre, Julieta. Estuvo a cargo de la representación del movimiento en las facultades y, cuando tu madre se cruzó con él, ya era parte de la dirigencia en Rosario. Alicia participaba entonces en el Movimiento de Liberación Nacional, al que llamaban «el Malena». No sabés si se conocieron en una manifestación o durante un acto o tal vez en alguna reunión política. Tu madre no recuerda exactamente, pero de seguro, Julieta, fue su actividad política la que los unió.

Por supuesto, tus padres no sólo militaban; también se divertían. Por eso, te han contado, se cruzaban en las calles y también en las noches del Odeón, ese bar de Mitre y Santa Fe que se transformó en su territorio. Enseguida se gustaron y se pusieron de novios.

Corría 1966 y afuera del Odeón, la dictadura de Onganía había desembarcado para quedarse tres largos y agitados años. La relación de Alicia y César fue creciendo al ritmo acelerado de la efervescencia social y política que se vivía en el país y en el mundo. César ya había convencido a Alicia de que abandonara «el Malena» y se pasara al MRP, cuando comenzaron a organizar junto a Pedro Bluma, Berta Temporelli y otro compañeros, actividades para socavar las bases de aquella dictadura que significó el triste prólogo de lo que vendría años después.

César se había convertido en un dirigente de peso y un intelectual reconocido. Era socio de las bibliotecas Constancio C. Vigil y Juan Álvarez, a las que visitaba con frecuencia para abaratar los costos de su formación académica y política y saciar su curiosidad. Su popularidad como intelectual y conductor había empezado a expandirse y a crecer así como se reproducen y prosperan los mitos:



—Lo conocí en una peña que se hizo frente a mi casa. Yo era adolescente, todavía iba a la secundaria y a mí me parecía que conocía al Che Guevara, esa era mi sensación— te contó una vez Silvia Bianchi, otra compañera de militancia de tus padres, en una de las tantas charlas en que lo recordaban.

Además de su militancia, sus estudios y su noviazgo, César ocupaba su tiempo trabajando por las noches en una cochera. Aunque su familia tenía buenos ingresos y no había necesidad de que trabajase, él decidió hacerlo. Aprovechaba las horas de silencio para estudiar y para encontrarse con Alicia, quien solía visitarlo allí. Cuando decidieron casarse, César continuaba trabajando en aquel estacionamiento.

Julieta, que se había sentado para ordenar en una línea cronológica los primeros recuerdos de su padre, volvió a pararse y a inclinarse sobre la mesa con los brazos abiertos y apoyados sobre la

tabla. Buscaba el eslabón siguiente de la cadena: aquella fotografía del casamiento de sus padres. La luz del sol poniente que entraba por la ventana se había hecho más lánguida y ahora debía entrecerrar sus ojos para configurar las imágenes que aparecían en las fotos.

Tus padres se casaron porque querían vivir juntos. Las cosas funcionaban así en aquellos años, Julieta: para mudarse con una pareja, había que casarse. Tu papá vivía con su familia, tu madre con dos amigas y se habían cansado de ir y venir, de las visitas nocturnas que se terminaban por la mañana cuando cada uno tenía que ponerse a estudiar. Querían vivir en el mismo lugar y entonces, en 1969, se casaron.

Sí, fue en junio del 69, en un país convulsionado, en medio de una ciudad que había sido surcada por la marcha del silencio en mayo y que, meses después, explotaría en aquella protesta histórica que fue el Rosariazo.

—Nos casamos en pleno quilombo –te había dicho tu madre al ver la fotografía del registro civil– Por supuesto, sin bombos ni platillos, una reunión familiar y nada más.

Pero también debieron casarse por iglesia para consolar a las familias de los dos que insistieron, rogaron y lloraron al ver que ninguno tenía interés en pasar por el altar. Entonces, para dejarlos tranquilos, se fueron del civil a la iglesia, con igual traje y mismo vestido de minifalda y se casaron ante dios, casi como en chiste, sonriendo por lo bajo y sintiéndose actores de una comedia dramática.

Alicia y César participaban, también, en la CGT de los Argentinos: la Central General de Trabajadores paralela y rebelde que se había formado para defender los intereses de los obreros ya que la CGT «tradicional» estaba ocupada por burócratas más vinculados al poder político y empresarial que a los intereses de los trabajadores.



Él se enamoró de ella  
y ella se enamoró de él.

Unos días después del casamiento, en el salón grande de ATE –Asociación de Trabajadores del Estado–, donde también participaban, se reunieron los compañeros de militancia en una gran fiesta para celebrar los casamientos de tres parejas. Hacía muchísimo frío aquel día en que, después de comer, bailar y reír, una noticia terminó con su alegría: habían asesinado en Buenos Aires al militante peronista Gerardo Ferrari.

La fiesta concluyó y los invitados comenzaron, lentamente y en silencio, a levantar los platos sucios y alistarse para el velorio de un compañero.

—La vida y la muerte estaban en una apuesta permanente... –había concluido tu madre, Julieta, el día en que te contó cómo había sido la fiesta.

En octubre de 1970 nació Federico, el primer hijo de César y Alicia. Cuando se enteraron de que el bebé estaba en camino decidieron acelerar sus estudios: Alicia obtuvo su título de psicóloga apenas un mes después de estrenar el de mamá.

César se graduó hacia fines de 1971 y enseguida comenzó a trabajar como abogado laboral.

Para ese entonces, tus padres ya vivían en «la cueva». Te habían hablado mucho, Julieta, de esa casa grande que pertenecía a la CGT, donde tu familia compartía techo con otras parejas de militantes para ahorrarse el alquiler. Estaba ubicada en Catamarca y Entre Ríos, en pleno centro, a media cuadra de la comisaría. Estaba, pues hoy ya no existe. Silvia Bianchi, la compañera de tus padres, bien se acuerda de esa casa. Allí pasaba tardes enteras, a la salida de la escuela, tomando mates y charlando con los dos:

—César siempre enseñaba desde la ternura y con ejemplos cotidianos y sencillos que me permitían a mí entender la complejidad de las teorías –te contó Silvia quien veía, con sus ojos adolescentes, a tu padre como a un hermano mayor.

Muchas personas más te habían contado sobre «la cueva». Es que todo el mundo circulaba por allí:

era un lugar de encuentro para los militantes y la policía lo sabía. Por eso, dos por tres eran allanados, como quien recibía la visita del correo.

En 1973, con el regreso de Perón al país, el MRP –al igual que muchos movimientos– atravesó su mayor discusión intestina que conllevaría a una división terminante: qué posición tomar en relación a la lucha armada. Hasta ese momento, la habían apoyado como uno más de los frentes de lucha. Pero con la victoria del peronismo en las elecciones, había perdido el sentido: al menos así lo pensaba César, quién se enfrentó a otros sectores del movimiento y empezó a preocuparse por las consecuencias de estas contradicciones internas. El MRP terminó por fragmentarse definitivamente.

Al mismo tiempo, como dirigente a nivel nacional, César había participado en los acuerdos preelectorales que implicaban el regreso de Perón al país. Meses después, cuando el peronismo

ganó las elecciones en Santa Fe, Sylvestre Begnis se transformó en el gobernador de la provincia y César Tabares fue nombrado asesor del Ministerio de Gobierno.

Todavía ocupaba ese cargo cuando un motín estalló en una cárcel de Rosario. Se hizo cargo de la situación y quedó como interventor en aquella institución hasta que fue nombrado Director General de Institutos Penales. Ese trabajo significaría un antes y un después en su vida y marcaría, para siempre, su nombre en la memoria colectiva de la provincia.

Fue tu padre, Julieta, quien puso a funcionar talleres dentro de las cárceles, quien creó la escuela secundaria en Coronda, quien puso en práctica las salidas transitorias de trabajo y las visitas íntimas para los presos y sus parejas. Por eso es que tu madre recibía, durante tu infancia, el reconocimiento y el apoyo de los ex-presos que quedaban en libertad, cuando tu padre ya estaba



César Raúl Tabares pretendió desterrar prácticas humillantes y crear condiciones dignas para los reclusos. Tal vez por ello es un desaparecido. Uno más entre los miles que pretendieron una vida mejor para todos los hombres, incluyendo a los encerrados en las cárceles que, considerados como seres humanos, pueden rehacerse, para ellos y para los demás. Felizmente, este sueño de Tabares no se logrará a través de la tortura.

*Rucho Ruab.*

desaparecido. Tu papá era un tipo muy querido, Julieta, y una persona convencida y preparada para cambiar realmente las cosas.

—Como docente, creó la cátedra de Derecho Político y buscó cambiar los contenidos de los planes de estudio. Como funcionario, defendía la idea de cárceles abiertas y fue uno de los primeros en hablar de derechos humanos. Un tipo que no recitaba la revolución, la actuaba —había dicho Silvia Bianchi aquella tarde en que recordaban a tu padre.

Pero el país entró en convulsiones cada vez más intensas y la espiral de violencia comenzó a crecer con vértigo. Los presos políticos empezaban a llenar las cárceles del país y César tuvo que enfrentarse al conflicto más difícil de su carrera como funcionario.

Fuerzas del Ejército habían detenido a activistas gremiales, militantes y ciudadanos durante un gran conflicto en Villa Constitución. Los llevaron

a la cárcel de Coronda, donde estarían de paso, y reclamaron su jurisdicción sobre ellos por tratarse de «terroristas, agentes del comunismo internacional».

Cuando César llegó a la cárcel, abrazó a los detenidos: eran sus compañeros los que estaban detrás de las rejas.

Amparándolos en la figura del preso político, César impidió que el Ejército decidiera sobre ellos y se los llevara a otro destino y consiguió que, al igual que sucede con las embajadas, se protegiera a esos ciudadanos con la ley que regía la justicia provincial. Aquella actitud dejó en primer plano la coherencia con la que vivía y salvó la vida de muchos de sus compañeros pero fue, también, el pasaporte para su persecución y posterior desaparición.

Al poco tiempo, cuando la Alianza Anticomunista Argentina ya cubría de sombras al país, se negó a establecer regímenes especiales para los presos

políticos impidiendo, por ejemplo, que se confeccionaran listas de las personas que visitaban a los presos. Fue entonces cuando comenzó a recibir amenazas que subirían de escala cada vez: primero cartas y llamados; luego una bomba al subdirector de Institutos Penales; más tarde el tiroteo a su casa dónde vivían con Federico y Leandro, el segundo hijo de la pareja nacido 3 años atrás.

César llevó su familia a Cañada Rosquín, donde vivían los padres de Alicia, y se encerró en Coronda para buscar el sostén de sus superiores en el gobierno.

—No le vamos a dar ningún apoyo, Tabares; esto es así, hágalo —le dijeron.

Entonces renunció.

Julieta se paró empujando la silla con sus piernas para abrirse paso. La luz del sol se había extinguido completamente y una brisa fresca empezaba a agitar los árboles. Caminó hasta el interruptor, prendió la luz y el resplandor le encandiló la vista

Porque "la muerte sólo prueba que la vida existe".  
Porque "no es bastante el llanto ni la bronca".  
Porque crecimos y a lo mejor perdonamos,  
pero no olvidamos.



ya acostumbrada a la penumbra. Lentamente, apareció ante sus ojos la extensa línea de fotos y objetos que estaba construyendo. Volvió a acercarse hasta la mesa y levantó esa foto donde su padre, sentado en un sillón de mimbre, la sostiene en brazos mientras sus hermanos lo rodean.

En esa foto, Julieta, tenías apenas meses. Cuando tu padre renunció, en septiembre de 1975, tus hermanos y tu mamá volvieron a la casa de Rosario y tu papá al estudio jurídico. Al mes siguiente, naciste vos. Mientras, el país se retorció, se enredaba y se estrangulaba a sí mismo. El golpe de Estado era inminente. Argentina había pasado por muchas dictaduras, pero nadie se imaginaba la dimensión y la brutalidad de lo que se venía. Tampoco tu padre.

Cuando detienen a uno de sus compañeros, en junio del 76, César seguía convencido de que su vida no corría riesgo. Y lo siguió pensando aun cuando su compañero fue liberado gracias a contactos con la Iglesia y le advirtió, por medio de un mensajero, que tenía que irse del país.

—Creo que nunca pudo aceptar que él era un hombre perseguido por su ideología. Así que no quiso salir del país –te había dicho tu mamá una de las tantas veces que habían hablado sobre aquellos días sombríos.

El mismo mensajero llevó igual recado a Pedro Bluma quien, junto a su esposa Berta y su hijo, se subieron a un colectivo con destino a Paraguay.

Alicia insistía con salir del país. César se negaba: «No me voy a ir, no estoy en ningún grupo armado, no hice ninguna cosa rara cuando fui director general, si me quieren meter preso que me metan, yo tengo todo en orden».

Terminaba 1976 y el ritmo de las cosas le daba la razón a César. Habían pasado la navidad y el año nuevo con visitas de amigos y familiares, se iniciaba el 77 y la feria judicial. Alicia comenzaba a olvidarse del exilio cuando todo sucedió.

Fue en la víspera del día de Reyes, mientras su familia lo esperaba en Cañada Rosquín para empezar las vacaciones. La noche del 5 de enero, César se reunió con su socio en el bar del hotel Magestic, en San Lorenzo y San Martín, para tomar un café y cerrar asuntos pendientes. Cuando se separaron, cerca de la 1 de la mañana, César caminó sólo hacia su auto. Apenas unas cuadras después, sería secuestrado y no volverían a verlo más.

Silvia, la compañera de tus padres, te ha dicho que no consigue olvidar aquella noche. Ella, que por muchísimos años no pudo volver a tener una agenda, porque tenía miedo, y tampoco puede ir hoy a ninguna marcha, porque le causa dolor, vio a tu padre pasar en el auto minutos antes de que fuera secuestrado. Que iba con una amiga a una peña en el bajo, te dijo, ahí donde ahora funciona el bar Berlín, cuando tu papá pasó en el auto por Sarmiento. Estuvo a punto de saludarlo pero quién sabe por qué, no lo hizo. A veces piensa que, si le hubiese gritado, hoy no estaría viva.

Y otras veces, se le da por preguntarse –como te dijo aquella vez entre lágrimas– si aquel saludo hubiera podido salvar a tu papá de la desaparición. Silvia, te confesó, siente una gran culpa por haber ahogado aquel grito. Y ese día en que te lo contó, vos, Julieta, no supiste qué decir.

El auto apareció días después, estacionado en la calle San Lorenzo, entre Maipú y San Martín, con las llaves y los documentos adentro.

Mientras, abrumados por el espeso delirio del calor paraguayo, Berta y Pedro intentaban abrirse una vida en un barrio periférico de Asunción. Gerardo, su hijo de 3 años, aplacaba el sopor de la siesta jugando en la ducha del baño con una toalla a la que hacía flamear como a la bandera argentina.

«Banderita mía, me pareces tú, blanca palomita en el cielo azul», cantaba Gerardo, todo mojado, cuando Berta recibió la noticia del secuestro de César.

—Esta no va a ser nunca más mi bandera –se dijo, mojada por las lágrimas y el sudor.

Julieta sabía lo que había venido después: una búsqueda incesante plagada de informaciones contradictorias, dichos extraoficiales, entregas de dinero a abogados y militares a cambio de información y una esposa, que también corría riesgo por ser militante, que llegó hasta tocar las puertas del «pozo», el Servicio de Inteligencia de la Policía de Feced, donde se decía que estaba secuestrado su marido.

Según alguna de esas informaciones, César había sido asesinado en febrero del 77, en represalia por una acción guerrillera que había terminado con la vida de 2 policías. Aunque no hubiera vinculación, el jefe de la policía, Agustín Feced, ordenó el asesinato de algunos detenidos a modo de escarmiento: uno de ellos sería César. Esa noticia, la del atentado, sí apareció en los diarios.

Volvió a pararse para observar mejor su trabajo. Ya casi no le quedaban recuerdos que acomodar en ese rompecabezas que ocupaba la mesa entera.

Sólo un recorte, algo amarillento, del diario La Capital: «Nuevo nombre para la cárcel de Coronada», rezaba el título. En noviembre del 92, el instituto correccional pasó a llamarse Doctor César Raúl Tabares, en emotivo homenaje al trabajo de su padre en las cárceles de la provincia.

«¿Cómo habrá sonado tu voz?», se preguntó. Y mirando aquel diario pensó que si lograba encontrar alguna filmación de los tiempos en que su padre era funcionario público, podría volver a verlo y a escucharlo. Mañana mismo comenzaría con esa búsqueda, se dijo, y apoyó el recorte de La Capital al final de la línea cronológica. Suspiró y apagó la luz.



## Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

*Dejame que te cuente* es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

**Dirección del proyecto**

Lucas Almada

**Diseño gráfico**

Valentina Militello

**Redacción**

Julia Comba

**Edición y corrección de textos**

Daniel Fernández Lamothe

**Coordinación General**

Viviana Nardoni



